

LEIDA FERNÁNDEZ PRIETO
MARIAL IGLESIAS UTSET
(EDS.)

ÁFRICA EN CUBA:
LEGADOS DE LA DIÁSPORA

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)
Instituto de Investigaciones Afrolatinoamericanas
de la Universidad de Harvard

EDICIONES DOCE CALLES

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

Este libro es resultado del Proyecto Intramural Especial «Naturaleza tropical, ciencia colonial y saberes agro-botánicos en construcción: España y las Antillas hispanas, siglo XIX», financiado por el CSIC (Referencia 202110I005).

Asimismo, las editoras han recibido financiación del Instituto de Investigaciones Afrolatinoamericanas, Centro Hutchins, de la Universidad de Harvard.

© de los textos: Sus autores

© todos los derechos reservados

© de la presente edición:

Ediciones Doce Calles, S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 2234
docecalles@docecalles.com
www.docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-465-1

Depósito Legal: M-1323-2024

Preimpresión y edición: Ediciones Doce Calles, S.L.

Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE

Introducción. Notas sobre el intercambio biológico, el conocimiento natural y el impacto demográfico de la esclavitud atlántica en Cuba.....	9
<i>Leida Fernández Prieto</i>	
Capítulo 1. Alimentos africanos y prácticas culinarias de la diáspora.....	25
<i>Judith A. Carney</i>	
Capítulo 2. Influencia africana desde el punto de vista etnobotánico en Cuba	45
<i>Miguel Esquivel Pérez, Víctor Fuentes Fiallof, Julio Ismael Martínez Betancourt y Karl Hammer</i>	
Capítulo 3. Precisiones sobre algunos recursos vegetales africanos en Cuba	67
<i>Ramón Morales Valverde</i>	
Capítulo 4. Significación de las plantas en las religiones cubanas de antecedente africano	93
<i>Julio Ismael Martínez Betancourt</i>	
Capítulo 5. Ganadería colonial en el Gran Caribe y conocimiento africano de la quema de pastizales.....	127
<i>Andrew Sluyter y Chris Duvall</i>	
Capítulo 6. «Pastos artificiales». Legado africano en la ganadería cubana del siglo XIX.....	147
<i>Reinaldo Funes Monzote</i>	
Capítulo 7. Ciencia colonial y esclavitud en la era de la trata tardía en Cuba.....	173
<i>Leida Fernández Prieto</i>	
Capítulo 8. La medicina francesa y la patología de los negros esclavos en las Antillas	215
<i>Miguel Ángel Puig-Samper y Armando García González</i>	

Capítulo 9. La solución de la fiebre amarilla	239
<i>Enrique Beldarraín Chaple</i>	
Capítulo 10. Para evitarme la pena de ver a mi hijo esclavo. El uso de plantas abortivas y venenosas entre esclavas y libres de la isla de Cuba, 1789-1860	269
<i>Oilda Hevia Lanier</i>	
Capítulo 11. Una aproximación demográfica a la historia de la migración forzada de africanos a América. El caso de Cuba.....	309
<i>Jorge Felipe-González y Marial Iglesias Utset</i>	
Capítulo 12. La isla de irás y no volverás: el consumo de recursos humanos africanos en la Cuba colonial	355
<i>José Antonio Piqueras</i>	
Capítulo 13. África en el genoma de los cubanos: la historia contada por el ADN.....	393
<i>Beatriz Marcheco-Teruel</i>	
Bibliografía	415
Sobre los autores	457

INTRODUCCIÓN

Notas sobre el intercambio biológico, el conocimiento natural y el impacto demográfico de la esclavitud atlántica en Cuba

La contribución de África en América es objeto de renovado interés dentro de la historiografía de la esclavitud en los últimos años. Los estudios destacan las estrategias de las personas esclavizadas para moldear las sociedades, la transmisión del saber natural ancestral y la cosmovisión religiosa en el Nuevo Mundo, sin olvidar las execrables secuelas de la mayor migración forzada de la humanidad.

Este libro aporta una nueva mirada de conjunto centrada en los legados de la diáspora africana en espacios urbanos, rurales y científicos en Cuba desde perspectivas multidisciplinares. Así se abordan temas como: alimentación, botánica, agricultura, religión, ganadería, conocimiento natural, medicina, demografía y genética. Además, enfatiza en la estrecha conexión entre la ciencia colonial y la esclavitud en uno y otro lado del Atlántico español. La esclavitud permeó toda la sociedad, incluso el modo de producir y circular el conocimiento, lo que complejiza historias binarias de figuras de científicos «puros» y de traficantes de esclavizados. A la vez, considera las estrategias y capacidad de resiliencia de los esclavizados y del grupo de los llamados africanos emancipados en sitios de ciencia colonial. Asimismo, sitúa el impacto demográfico dentro de los sombríos y atroces legados que supuso el sistema de plantación esclavista.

La idea de este volumen tiene sus raíces en la estancia de Leida Fernández Prieto en la Universidad de Harvard como investigadora visitante Wilbur Marvin del Centro de Estudios para América Latina David Rockefeller (DRCLAS) entre 2015 y 2016. Marial Iglesias Utset, por su parte, es investigadora visitante del Instituto de Investigaciones Afrolatinoamericanas, Centro Hutchins, en la misma universidad. Las conversaciones sostenidas entre Fernández e Iglesias giraron alrededor de las ausencias, silencios o

desafíos en los estudios sobre legados etnobotánicos y la participación de las personas esclavizadas en espacios de la ciencia colonial en Cuba.

En junio de 2016, un primer acercamiento reunió a un grupo de investigadores con la celebración del seminario internacional *África y Cuba: El legado etnobotánico de la esclavitud Atlántica*, bajo el auspicio de instituciones cubanas: el Museo del Castillo de la Real Fuerza y la Casa de África, ambos de la Oficina del Historiador de la Ciudad y la Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre, así como del Instituto de Investigaciones Afrolatinoamericanas, Centro Hutchins y el Grupo de Trabajo sobre Esclavitud Comparada de la Universidad de Harvard. En este encuentro estuvieron especialistas e investigadores que hoy participan en este libro.

Cuba es un caso de estudio por excelencia para indagar y visibilizar la contribución de la diáspora africana al mapa del conocimiento natural y científico global y local, pero también valorar el alcance demográfico de la esclavitud. El comercio atlántico de individuos esclavizados desde África a la isla de Cuba fue el de más larga duración en las Américas: se extendió por tres siglos y medio. Alrededor de un millón de hombres, mujeres y niños fueron obligados a trabajar en las plantaciones agrícolas, sobre todo azucareras, también en espacios urbanos y científicos. Más del 60% de esta «mercancía» humana fue introducida de forma ilegal en la mayor isla del Caribe, luego de la prohibición de la trata en 1820. El último barco esclavista registrado en la base de datos de la trata transatlántica *Slave Voyages* fue en 1866, mientras que la abolición de la esclavitud ocurrió en 1886.

El tardío proceso de esclavitud de seres humanos contrasta con la escasa evidencia y análisis sobre los legados y saberes etnobotánicos, agrícolas, medicinales y alimenticios de la diáspora africana en Cuba. Se desconoce, por ejemplo, cómo los africanos y afrodescendientes manejaban el entorno y los recursos naturales. Tampoco se tienen conocimientos amplios sobre qué plantas, alimentos y provisiones fueron transportados en los barcos esclavistas y cuáles fueron sus usos o resignificaciones en Cuba. Faltan estudios sobre cuál y cómo fue la participación del grupo de los africanos emancipados –término que se refiere a los individuos declarados jurídicamente libres en virtud de la firma de los tratados abolicionistas internacionales entre España e Inglaterra después de 1817, pero en la práctica re-esclavizados– en instituciones científicas y tecnológicas coloniales. No se ha abordado en profundidad los efectos demográficos de un sistema esclavista que fue una máquina de producir

cuerpos eficientes a partir de la introducción masiva de cautivos de origen africano frente a la reproducción natural de la fuerza de trabajo. Estas y otras interrogantes constituyen asignaturas pendientes, o, han sido insuficientemente exploradas dentro de la historiografía de la mayor de las Antillas.

Alfred Crosby definió el intercambio colombino como la amplia circulación de plantas, animales y patógenos que siguió al descubrimiento de América. La incesante transferencia se produjo y se produce por múltiples procesos e intervienen diversos actores institucionales y/o privados a nivel global, regional y local. Durante la mayor e ignominiosa migración forzada de seres humanos, propiciada por el tráfico transatlántico esclavista, el intercambio biológico adquirió proporciones insospechadas y tuvo consecuencias humanas y ecológicas invaluable. Por otra parte, el comercio de personas esclavizadas desde África enriqueció el patrimonio y el conocimiento etnobotánico en el Nuevo Mundo.

Recientes enfoques argumentan que los tratantes esclavistas aprovisionaban los barcos para el viaje de regreso con plantas y frutos oriundos de África, de tal manera que junto a los más de doce millones de africanos –trasladados para responder a las exigencias continuas del trabajo forzado en las plantaciones–, un grupo numeroso de plantas originarias de África y del Viejo Mundo cruzaron el Atlántico en dirección a América. Geógrafos, biólogos e historiadores fijan en más de dos mil los granos, los tubérculos, las frutas y los vegetales llegados en barcos del comercio atlántico esclavista; esas adquisiciones enriquecieron el patrimonio etnobotánico de América. El Caribe cuenta con 125 géneros y especies que representan a 52 familias botánicas. De ellas, 19 géneros proceden de 15 familias que prosperan tanto en África como en América Latina; también existen 14 especies oriundas de Asia que florecen y frutan en África desde la antigüedad y llegaron a tierras caribeñas. Conjuntamente, los esclavizados trajeron consigo un conocimiento previo del uso (alimenticio, medicinal y religioso) de esas plantas que perdura hasta hoy día. Sin embargo, el análisis sobre la transmisión de estos saberes ha sido desigual desde las respectivas historiografías de la esclavitud de América Latina y el Caribe.

Puede decirse que el siglo XXI es testigo de la vitalidad y relevancia de los estudios de la esclavitud atlántica. Una de las áreas de creciente interés se inscribe dentro de las nuevas perspectivas que invitan a repensar los legados etnobotánicos de la diáspora africana en las sociedades postesclavistas. Judith A. Carney reconsideró con el libro *Black Rice* en 2001, el lugar de la variedad

Figura 1: *Semillas y pericarpios en su tamaño y color natural*, 1811.



Fuente: «Seeds and pericarps, of their natural size and colour,» W.J. Tilford, 1811. Original key: 1, 2 Indian shot; 3 tobacco; 4 wild tamarind; 5 coffee; 6 four o'clock; 7 goat pepper; 8 star apple; 9 naseberry; 10 mam-mee sapota; 11 soap berry; 12 yellow nicker; 13 grey nicker; 14 akee; 15 cashew apple; 16 horseradish tree;

Las semillas de algunas de las plantas africanas menos conocidas están representadas en una pintura de William J. Titford, residente inglés en Jamaica a principios del siglo XIX (Figura 1). Su ilustración fue utilizada para acompañar un compendio de las «plantas nuevas y valiosas» que se encontraban en la isla, de las cuales atribuye correctamente una docena al origen africano. El esbozo de Titford enumera dos con nombres vernáculos africanos: el *akee* y el maní del Nuevo Mundo, *pindars*. El préstamo lingüístico de palabras africanas para describir plantas de diversas herencias tropicales del Viejo y Nuevo Mundo era común. Sugiere su presencia subrepticia y llama la atención a los africanos como fuentes de conocimiento y alentadores de su cultivo. La nomenclatura para el maní revela la familiaridad previa africana con algunos alimentos básicos amerindios, pero también su introducción posterior a la conquista de la parte continental de América del Norte con la llegada de los barcos de esclavos. Introducido en el África occidental en el siglo XVII, el maní adquirió nombres africanos: en el idioma Kongo, *mpinda*, y en Kimbundu, *nguba*. Cuando llevaron hablantes de estos idiomas a las sociedades de plantaciones del Nuevo Mundo, el maní se volvió conocido por sus respectivos nombres adquiridos: *pindar* y *goobers* (Sauer, 1993: 82-83; Pollitzer, 1999: 115).

El intercambio intercontinental de cultivos que ocurrió como consecuencia de la expansión marítima europea en los siglos XVI al XVIII se conoce como el «intercambio colombino». El concepto destaca la importancia de los cultivos amerindios domesticados como el maíz, los cacahuetes y la mandioca, para los sistemas alimentarios africanos. Su omisión de los domesticados africanos y el antiguo intercambio de productos básicos del Viejo Mundo a través del Océano Índico poco disipan la persistente visión de África como espectador de la historia de la domesticación o como un continente dependiente de los logros agrícolas de otras civilizaciones. Este sesgo no corroborado se corrige al dirigir la atención al papel de los alimentos cultivados en África en la trata transatlántica de esclavos.

17 lignum vitae; 18 rose apple; 19 Barbadoes pride; 20 Mexican poppy; 21 cocoon antidote nut; 22, 23 gum Arabic; 24 arnotto; 25 sweet sop; 26 musk ochro; 27 sour sop; 28 bastard cedar; 29 nephritic tree; 30 chain cotton; 31, 32 oily pulse, or sesame; 33 wild liquorice; 34 pigeon pea; 35 black pea; 36 sand box; 37 speckled pea; 38 lady pea; 39 white pea; 40 speckled pea; 41 pindars; 42 chocolate nut; 43 orange; 44 shaddock; 45 wild vanilla; 46 screw tree; 47 forbidden fruit; 48, 49, 50 oil nut; 51 tomatos; 52 water melon; 53 lima bean; 54 sugar bean; 55 scarlet bean; 57 pimento; 58 Guinea corn; 59 cerasee; 60, 61 mahogany; 62 cunep [guinep]; 63 contrayerba. From W.J. Titford, *Sketches towards a Hortus Botanicus Americanus* (London: Sherwood, Neely and Jones, 1811), Plate 3. Key reformatted from the original by B.W. Higman, *Jamaican Food: History, Biology, Culture* (Kingston, Jamaica: University of the West Indies Press, 2008), Plate 21.

NATURALISTAS Y MÉDICOS ESPAÑOLES EN LAS REDES DEL TRÁFICO ILEGAL DE ESCLAVIZADOS

Figura 1: Mariano de la Paz Graells y Agüera



En el verano de 1827, Mariano de la Paz Graells y Agüera y Marcelino Andrés y Bernat fueron dos jóvenes estudiantes de medicina, con vocación naturalista, que aspiraban ingresar en el panteón de los grandes descubridores españoles a través de la realización de viajes de exploración a territorios coloniales lejanos¹. Graells ansiaba «llenar los cajones de seres desconocidos y volver a su patria cargado de nuevas y raras producciones naturales» (Graells, 1842: 125). Andrés soñaba inscribir su nombre en la historia de la geografía y botánica colonial de España con un viaje a África, un continente ignoto dentro del imaginario colectivo. La

ambición y gustos compartidos fueron el inicio de una fiel amistad, urdida en conversaciones sostenidas en los salones de la biblioteca de la Facultad de Medicina de Barcelona.

Los estudiosos consideran a Graells como la máxima figura de la ciencia isabelina en el ámbito de las ciencias naturales (Cervantes, (coord.), 2009; Aragón y Rábano, 2015: 140). Él ingresó en la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona como entomólogo y zoólogo, así como fue director del Jardín Botánico de Madrid y del Museo de Ciencias Naturales por designación

¹ Mariano de la Paz Graells nació en Logroño el 24 de enero de 1809 y murió en Madrid el 14 de febrero de 1898. Graells se graduó y ejerció como médico en Barcelona, además de estudiar la carrera de Ciencias. Realizó expediciones y escribió diversas obras sobre la flora y fauna española. La abreviatura Graells se emplea para indicar su autoridad en la descripción y clasificación científica de los vegetales. Véase las numerosas entradas biográficas elaboradas sobre su figura como, por ejemplo, desde la Real Academia de la Historia en España (<https://dbe.rah.es/biografias/8187/mariano-de-la-paz-graells-y-aguera>). En cuanto a Marcelino Andrés nació en Villafranca del Cid, Castellón el 14 de mayo de 1807 y falleció el 20 de abril de 1837 en Tortosa, Tarragona. Hijo de labradores, llegó a graduarse de Medicina en la Universidad de Barcelona en 1834 (<https://dbe.rah.es/biografias/37715/marcelino-andres-y-bernat>).

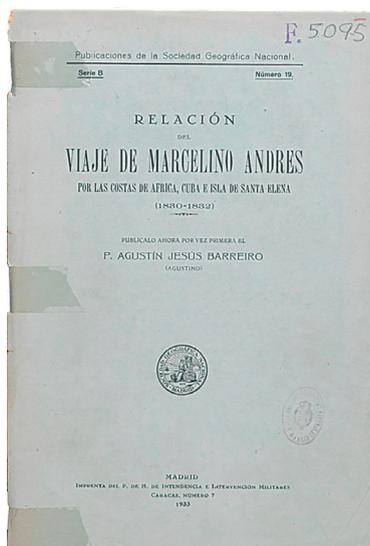
de Mariano Lagasca, donde puso especial atención a la aclimatación de plantas tropicales (Martín, Galera y Peña, 2021).

En cambio, la figura de Andrés y Bernat es mejor conocida en Valencia, su ciudad natal.² Los biógrafos lo describen como el explorador pionero de los viajes de descubrimiento a África aún hoy (Graells, 1842; Barreiro, 1933; Monferrer, 2013). Recientes estudios destacan, sin embargo, los vínculos directos del naturalista con el tráfico ilegal de esclavizados (Nerín, 2015; Fernández Prieto, 2018: 298-321). Andrés fue director de la clase de Agricultura de la Sociedad Económica de Amigos del País de Tortosa, Tarragona; socio correspondiente de la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona y socio agregado de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.

Marcelino Andrés redactó la memoria de sus viajes por la costa occidental africana, Santa Elena, Fernando Poo –Bioko–, La Habana y Río de Janeiro durante los dos años que vivió en el reino de Dahomey, entre 1830 y 1832. El texto permaneció sin difusión hasta que, en 1842, Graells lo rescataba para validar la figura de su amigo y colega como «el primer explorador español en recorrer la costa occidental de África» (Graells, 1842: 124-128). En 1933, casi un siglo después, el padre agustino Agustín Jesús Barreiro publicó el escrito en el seno de la Sociedad Geográfica de Madrid para homenajear a los primeros exploradores coloniales, testigos del descubrimiento y colonización de África (Barreiro, 1933).³

Seguir la trayectoria académica de Andrés y Bernat pone la lente sobre la complicidad y solapamiento entre los circuitos científicos imperiales y

Figura 2: Portada de la Memoria del viaje de Marcelino Andrés.



² El nombre aparece, al menos, en una calle y un colegio de Valencia. En agosto de 2016 se erigió un monumento para recordar su figura en su ciudad natal de Villafraanca del Cid.

³ Según Barreiro, la memoria del viaje de Andrés fue encontrada por Jesús Mainar, profesor de la Universidad de Madrid, en los papeles de Mariano de Paz Graells, donados por su hijo político Andrés Goitia. Barreiro fue autorizado por Ignacio Bolívar, entonces director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, para la reproducción del original. En 1933, tres años antes de producirse la Guerra Civil española, se guardaba el original. Hoy en día se halla desaparecido.